

1. El Vidente de Patmos

Los hombres que Dios ha escogido como medio de comunicación entre el cielo y la tierra, forman una galaxia de personajes notables. El don de profecía es llamado el «mejor don», y la iglesia es exhortada a *codiciar* ese «mejor don». Poder ver escenas aún futuras y hablar en el lenguaje del cielo, requiere un andar con Dios más cercano del que la mayoría de los hombres alcanzan. Pero a través de todas las edades, ha habido aquellos cuyas vidas estaban tan en armonía con las leyes de Jehová que se convirtieron en el canal del Espíritu de Dios.

No es que tales hombres posean mayores logros que todos los demás, sino que son como la densa nube con sus gotas de lluvia que caen, a través de la cual el sol brilla para producir el arco iris en su gloria. Uno olvida la nube mientras mira el arco de la promesa. Así ocurre con el profeta; uno pierde de vista el instrumento a través del cual Dios habla, al contemplar la gloria de la escena que Él retrata. Pero para que el Espíritu no se pierda en su transmisión, el instrumento escogido debe ser purificado en el horno de la aflicción. Esas pruebas que ponen al alma humana en contacto con lo divino son una experiencia necesaria, antes de que los ojos humanos puedan ver, o las lenguas humanas puedan hablar de cosas aún futuras.

Génesis —ese tratado condensado sobre el plan de salvación—, la obra que contiene el Evangelio en embrión, fue escrito en el desierto de Madián, probablemente cerca del Monte Horeb, mientras Moisés cuidaba los rebaños de Jetro. Cada otro libro de la Biblia no es sino el despliegue de las verdades del Génesis. Es el Alfa, y el libro de Apocalipsis es el Omega, de la Palabra de Dios al hombre.

Así como Dios preparó a Moisés, con una vida de cuarenta años en las soledades de Madián, así llamó al apóstol Juan de la sociedad de los hombres, y lo condujo por un extraño camino hacia arriba, y aún más arriba, hasta que finalmente en la costa rocosa de Patmos, el cielo se abrió a su asombrada mirada, y la historia futura de la iglesia le fue dada a conocer.

Unos seiscientos años antes del advenimiento de Cristo, vivió otro vidente, Daniel. A él Dios reveló la historia de las naciones del mundo. Desde sus propios días, cuando Babilonia ejercía dominio universal, hasta que las naciones dejaran de ser, a Daniel le fue mostrada la historia del mundo. En conexión con el relato del ascenso y caída de las naciones, Daniel vio la historia de su propio pueblo, la raza hebrea, desde su cautiverio en Babilonia, hasta que rechazaron al Ungido de Dios. Daniel era de la simiente real de Israel, y fue primer ministro en la Corte de Babilonia durante los años en que esta historia le fue revelada. Él, de todos los hombres, estaba capacitado por educación y posición para escribir la historia del mundo.

Como fue predicho por los antiguos profetas, el Salvador vino como siervo de los hombres. Fue ungido en el tiempo mismo predicho por el profeta Daniel. «Y Jesús, después de ser bautizado, subió en seguida del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:16, 17). De pie a orillas del Jordán, testigo de esta unción, estaba un joven escogido del cielo, para continuar la historia comenzada por Daniel.

El profeta hebreo Daniel estuvo en las escuelas de Caldea tres años, tiempo durante el cual Dios reveló a los sabios de Babilonia la superioridad de la sabiduría de Dios sobre todo el saber del mundo. Mientras estaba en esa escuela, Daniel recibió la inspiración del Espíritu Santo. Juan el pescador, el primero de los discípulos de Cristo, pasó tres años al lado del Maestro Divino, recibiendo tal instrucción que lo capacitó, en cosas espirituales, para convertirse en un líder de naciones. Daniel se levantará en su lugar en los postreros días, revelando el tiempo del fin con sus profecías. Juan, según las palabras de Cristo, *permanecerá* con sus profecías hasta la venida del Salvador en las nubes del cielo. Porque, cuando en respuesta a la pregunta de Pedro sobre el futuro del discípulo amado, Jesús dijo: «Si quiero que él quede hasta que yo venga» (Juan 21:22), reveló la

misión profética de ese discípulo. El Salvador lo vio en Patmos recibiendo el Apocalipsis.

La profecía, tal como le fue dada a Juan, es una revelación de Jesucristo, y es la historia de los tratos de Dios con la iglesia que lleva el nombre de Cristiana. Daniel es una historia de naciones; el Apocalipsis es historia eclesiástica, y en ella las naciones se introducen solo cuando afectan el crecimiento de la iglesia.

La vida de Daniel muestra cómo Dios puede obrar a través de hombres en altas posiciones; la preparación de Juan para su obra como profeta es la historia de la transformación obrada en el corazón de un pescador por el Espíritu de Dios. Los extremos de la sociedad estaban representados por estos dos hombres. La historia de cada vida es la narración de los acontecimientos de una vida en la que el amor obró, y es una lección objetiva del desarrollo del carácter cristiano.

En la ciudad de Betsaida, en la orilla occidental del Mar de Galilea, vivía el pescador Zebedeo, con su esposa Salomé, y sus dos hijos, Jacobo y Juan. Los dos jóvenes eran socios de su padre en su negocio, y estaban acostumbrados al esfuerzo y las dificultades de la vida de un pescador. Un espíritu de piedad caracterizaba el hogar; porque bajo el rudo exterior, había un deseo de entender la Palabra de Dios. La promesa del Mesías había sido leída, y cuando se supo que el Profeta del Desierto estaba predicando y bautizando en Enón, y proclamando el advenimiento de Cristo, el hijo menor de Zebedeo, en compañía de Andrés de Betsaida, buscó el bautismo. Fue allí donde presenciaron la unción, y oyeron las palabras del Bautista: «He aquí el Cordero de Dios» (Juan 1:36). Juan y Andrés fueron los dos discípulos que siguieron a Cristo, y a quienes Él se volvió diciendo: «¿Qué buscáis?» (Juan 1:38). Ellos le dijeron: «Rabí... ¿dónde moras?» (Juan 1:38). Y cuando Él los llevó al lugar donde moraba, hablaron con Él, creyeron, y se formó el núcleo de la iglesia cristiana. Cristo, el centro, la vida, atrajo a Juan, y el corazón del joven respondió al toque vivificante. Este fue el comienzo de una nueva vida, —una comunión del alma. Andrés también estaba convencido de la divinidad de Cristo, pero Andrés representa a aquellos que aceptan porque la mente está convencida de la verdad. Buscó enseguida a su hermano Pedro,

diciendo: «Hemos hallado al Mesías... el Cristo, el Ungido» (Juan 1:41). Y cuando Pedro vino a Cristo, se convenció de la naturaleza divina de Jesús, porque el Salvador leyó su carácter y le dio un nombre de acuerdo con la naturaleza de Pedro.

Pero Juan representa a los del círculo íntimo del discipulado. Fue ganado por amor, no por argumento. Su corazón fue retenido por el amor, y todo el tema de todos sus escritos es el amor. Él vio solo amor en Cristo, y respondió libremente a ese flujo maravilloso de Cristo, y Juan deseaba estar siempre en ese *círculo*. Se mantuvo cerca de Jesús, caminó de la mano con Él, se sentó a su lado en la mesa, se recostó en su pecho, —él era «aquel discípulo a quien Jesús amaba» (Juan 13:23).

Mientras Juan se mantuvo en contacto con la vida divina del Maestro, no hubo nada en su vida que estuviera en desarmonía con el Salvador. Es cierto que hubo momentos en que la armonía se rompió, y esto se debió al hecho de que lo humano en Juan aún no había sido subyugado. El canal humano a través del cual fluía el espíritu, a veces *detenía* el flujo. Este fue el caso cuando Jacobo y Juan pidieron sentarse, uno a la izquierda y el otro a la derecha, del trono en el nuevo reino. Cristo reconoció el deseo como resultado de más que afecto humano, y así, en lugar de una reprimenda, solo *intentó* profundizar y purificar ese amor.

Toda la vida de Juan tendió a limpiar el templo del alma y a prepararlo para su obra final. La unión entre el alma de Cristo y la de Juan se muestra en numerosos incidentes. Durante la tentación de Jesús en el desierto, Juan lo buscó, anhelando ir con Él. Pero Cristo le ordenó a Juan regresar, porque no deseaba que el joven presenciara las feroces luchas con el príncipe de las tinieblas. Cuando no se le permitió permanecer como compañero en el desierto, buscó a María de Nazaret, quien dudaba sobre el paradero de su Hijo. Sentado al lado de la solitaria madre, Juan relató la historia del bautismo de Cristo y le habló de su condición actual. Se ganó el corazón de Jesús. Esto explica por qué el Salvador, al estar colgado en la cruz, dio instrucciones para que Juan le diera un hogar a esta misma madre.

Tal dulzura no era del todo natural en los hijos de Zebedeo; porque cuando se hicieron seguidores de Cristo por primera vez, Él llamó a Jacobo y Juan *Boanerges, Hijos del Trueno* (Marcos 3:17). Poseían un espíritu ambicioso, apresurado y franco, que fue subyugado por la asociación con el Salvador. Las inclinaciones naturales fueron reemplazadas por la contrición, la fe y el amor. Juan especialmente cedió a ese poder de Cristo.

Cada experiencia de este discípulo señalaba inequívocamente la obra cumbre de su vida. Cuando el Salvador regresó al cielo, Juan se convertiría en el medio de comunicación entre Dios y el hombre. No fue el único profeta de la iglesia apostólica, pues en el Nuevo Testamento se nombran otros dieciséis; pero a él se le dio la visión más extensa de la obra futura de Dios en la tierra. Teniendo en cuenta que el ojo del Cielo estaba sobre Juan, y que él se preparaba en cada acto para ese nobilísimo de los llamamientos, aunque él no lo supiera, la historia de este discípulo se convierte en una maravillosa lección objetiva para aquellos que viven en el fin del tiempo.

Se entregó plenamente a las enseñanzas del Hombre de Dios; su mente se encontró con la mente de Cristo; su alma tocó el alma del Divino. La vida fluía de Cristo, engendrando vida en los discípulos. Esta es la experiencia cristiana; esta será la experiencia de todos los que vivan para ver al Salvador viniendo en las nubes del cielo; y esta experiencia permitió a Juan decir: «De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia» (Juan 1:16).

El crecimiento en la gracia fue un desarrollo gradual y, a veces, un celo impío *dominó* la ternura que Cristo constantemente buscaba impartir. Hubo un hombre que echaba fuera demonios, y Juan lo reprendió porque este hombre no era, como los discípulos, un seguidor del Salvador. Este espíritu de juzgar a todos los demás según un estándar propio, fue reprendido con las palabras del Maestro: «No se lo impedáis» (Lucas 9:50). Cuando los samaritanos insultaron al Salvador, Juan fue el que deseó hacer descender fuego del cielo y destruirlos. Se sorprendió cuando el Salvador le reveló el hecho de que tal espíritu era de persecución, y que Él, el Hijo de Dios, no había «venido a destruir las vidas de los hombres, sino a

salvarlas» (Lucas 9:56). Cada corrección fue sentida profundamente, pero abrió a la mente de Juan el principio del gobierno divino y le reveló la profundidad del amor divino.

Cerca del final del ministerio de Cristo, la madre de Jacobo y Juan vino a pedir para sus hijos el lugar de honor en su reino. Salomé misma era seguidora de Cristo, y el gran amor de la familia por el Salvador los llevó a todos a desear estar cerca de Él. El amor siempre nos acerca al objeto de nuestro amor. Jesús vio lo que implicaría conceder la petición, y en tono de tristeza, respondió que el lugar más cercano al trono sería ocupado por aquellos que más *soportaran*, que más *sacrificaran*, y que más *amabaran*. En su vida posterior, Juan comprendió el significado de la respuesta; porque se le dio una visión de los redimidos mientras se reunirán en el mar de vidrio alrededor del trono.

Estos deseos humanos surgieron en momentos en que la corriente de vida estaba parcialmente rota. En otras ocasiones, su flujo era constante y fuerte. Así fue cuando Juan estuvo con Cristo en el Monte de la Transfiguración, y oyó las voces de Moisés y Elías, mientras buscaban fortalecer al Salvador para su pronta muerte. Juan se sentó a la izquierda del Salvador en la Cena de la Pasión, y mientras la pequeña compañía de doce caminaba a la luz de la luna hacia el Monte de los Olivos en esa última noche, Juan se apretó al lado del Salvador. Al entrar en el Huerto de Getsemaní, ocho de los discípulos se quedaron fuera de la puerta; mientras Pedro, Jacobo y Juan avanzaron un poco más. El Hijo del Hombre anhelaba tener a Juan sentado a su lado durante la amarga lucha; y aunque Juan había vivido tan cerca de Jesús, no aprovechó esa última oportunidad que lo habría colocado junto al trono. Mientras el Salvador suplicaba en agonía, y finalmente caía desmayado al suelo, Juan dormía. La carne era débil, aunque el espíritu estaba dispuesto. Su amor, tan ferviente, aún estaba debilitado por el canal de barro a través del cual fluía. Aún se necesitaban pruebas más amargas para quemar toda la escoria.

Habiendo dormido, él también huyó cuando la turba vino por el Salvador, pero su amor lo hizo volver. Avergonzado de su cobardía, regresó y entró en el

salón del juicio, manteniéndose cerca del hombre condenado como criminal. Toda la noche veló y oró, y esperaba ver pronto un destello de divinidad que silenciaría para siempre a los acusadores. Siguió hasta el Calvario. Cada clavo que fue clavado parecía desgarrar su propia carne. Desfallecido, se dio la vuelta, pero regresó para sostener a la madre de Jesús, que estaba al pie de la cruz. Ese grito moribundo le traspasó el corazón; Aquel a quien había amado estaba muerto. Incapaz de comprender el significado de todo aquello, sin embargo, ayudó a preparar el cuerpo para el entierro, y con los otros discípulos afligidos pasó un Sábado solitario. La vida parecía apenas valer la pena; porque Aquel a quien habían creído el Hijo de Dios, estaba en silencio en la muerte. Las palabras que Cristo había pronunciado acerca de su propia muerte, y que Juan debería haber entendido, habían caído en oídos sordos. Por mucho que amaba a su Señor, era tarde para oír.

En la mañana de la resurrección, Juan fue el primero de los doce en llegar al sepulcro; porque corrió más que Pedro, cuando María Magdalena informó que el cuerpo había desaparecido. Al ver el sudario doblado en el sepulcro, reconoció el toque familiar de un Salvador resucitado y creyó.

En la tarde después de la resurrección, Juan recibió la bendición cuando Cristo apareció; pero como ya no podía ver a su Maestro con el ojo físico, regresó a su pesca en las orillas del Mar de Galilea. Pero Jesús lo buscó de nuevo y le ordenó salir a pescar hombres. En la última entrevista registrada entre Cristo y sus discípulos, el Salvador proféticamente dio la obra de Pedro y Juan, esos dos fervorosos seguidores, que habían pasado por tantas nubes y, sin embargo, habían visto rayos tan brillantes de luz solar. A Pedro se le dijo que su destino sería seguir a su Señor hasta la cruz. Cuando preguntó por la suerte de Juan, Cristo respondió: «Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?» (Juan 21:22).

La vida de Juan solo se menciona brevemente después de la ascensión. Permaneció en Jerusalén durante varios años y fue conocido como uno de los pilares de esa iglesia tan tarde como en el año 58 d.C. El fervoroso amor de Juan

por el Salvador se hizo más fuerte a medida que sufría opresión y prisión. Su propio hermano, Jacobo, estuvo entre los primeros mártires por la causa del cristianismo. Viviendo como Juan en el centro de la obra, fue testigo de la difusión de la verdad y conoció sus triunfos, así como sus vicisitudes. La opresión romana se hizo mayor. La ciudad de Jerusalén fue destruida por el ejército de Tito, y Juan fue desterrado a la isla de Patmos. Él mismo dice que estuvo allí por la «palabra de Dios y por el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 1:9).

Es un pensamiento hermoso que aquel cuyo corazón estaba tan ligado a Jerusalén y a la raza hebrea, y que siempre fue tan fiel a ambos, se le haya permitido ver las glorias de la Nueva Jerusalén, la ciudad que finalmente tomaría el lugar de su propia Sión terrenal. A él se le dio la historia completa de la iglesia de Dios, que debe hacer la obra rechazada por su propia raza.

El camino desde el Jordán hasta la rocosa altura de Patmos fue un camino empinado y pedregoso; pero cuando se sentó solo en la ladera de la montaña, con vistas al mar, el amor intenso, la unión del alma con Cristo, que esos años previos habían desarrollado, permitió a *aquel discípulo a quien Jesús amaba* convertirse en el vínculo de conexión entre el cielo y la tierra. Gabriel, el propio ángel de Cristo, se paró junto al último superviviente de los doce escogidos, y abrió a su visión las glorias del futuro. Una naturaleza menos espiritual habría fallado en captar la imagen de la eternidad; una mente menos consagrada no podría haber sido el canal para tal torrente de iluminación divina.

En el desierto de Madián, donde nadie sino Dios estaba cerca, Moisés escribió Génesis, el Alfa de todas las cosas. Juan escribió Apocalipsis —el despliegue completo de ese primer libro— el Omega —cuando estaba solo en una isla en medio del mar. La pluma de quien escribió la historia de la creación fue guiada por el mismo ángel que llevó a Juan el mensaje celestial sobre la consumación del plan de redención. Moisés registró la historia de la Creación y la Caída, y por fe *captó* la promesa de un Redentor. Juan vivió con ese Redentor, y mientras estaba en Patmos, miró hacia el pasado al lugar donde Moisés estuvo en Pisga, y luego hacia la Ciudad de Dios, que vio descender sobre el Monte de los Olivos. Los dos

picos montañosos desde los cuales se puede ver toda la historia son Génesis y Apocalipsis, el principio y el fin, el primero y el último.

JUAN EL AMADO.

Estoy envejeciendo mucho. Esta cabeza cansada
Que tan a menudo se ha apoyado en el pecho de Jesús
En días lejanos que parecen casi un sueño,
Está encorvada y canosa con el peso de los años.
Estos miembros que le siguieron —a mi Maestro— a menudo
Desde Galilea hasta Judea, sí, que estuvieron
Bajo la cruz, y temblaron con sus gemidos,
Se niegan a llevarme incluso por las calles
A predicar a mis hijos. Incluso mis labios
Se niegan a formar las palabras que mi corazón envía.
Mis oídos están sordos, apenas escuchan los sollozos
De mis queridos hijos reunidos alrededor de mi lecho;
Dios pone su mano sobre mí, —sí, su mano
Y no su *vara*, —la mano gentil que yo
Sentí, esos tres años, tan a menudo apretada en la mía
En amistad tal que supera el amor de mujer.

Estoy viejo, —tan viejo que no puedo recordar
Los rostros de mis amigos, y olvido
Las palabras y los hechos que conforman mi vida diaria;

Pero ese rostro querido y cada palabra que habló
Se vuelven más distintos a medida que otros se desvanecen,
Así que vivo con Él y los santos difuntos
Más que con los vivos.

Hace unos setenta años yo era pescador junto al mar sagrado.
Era al atardecer. ¡Cómo la tranquila marea
Bañaba soñadoramente los guijarros! ¡Cómo la luz
Se arrastraba por las colinas distantes, y a su paso
Suaves sombras púrpuras envolvían los campos cubiertos de rocío!
Y entonces Él vino y me llamó. Entonces contemplé,
Por primera vez, ese dulce rostro. Esos ojos,
De los cuales, como de una ventana, brillaba
La divinidad, miraron mi alma más íntima
Y la iluminaron para siempre. Entonces sus obras
Rompió el silencio de mi corazón, e hizo
El mundo entero musical. El Amor Encarnado
Se apoderó de mí, y me reclamó como suyo.
Le seguí en el crepúsculo, aferrándome
A su manto.

¡Oh, qué santas caminatas tuvimos,
Por campos de cosecha y desolados, áridos desiertos!
Y a menudo Él se apoyaba en mi brazo,

Cansado y agotado del camino. Yo era joven y fuerte,
Y así le sostuve. Señor, ¡ahora estoy débil,
Y viejo, y endeble! ¡Permíteme descansar en Ti!
Así que, pon tu brazo alrededor de mí. ¡Más cerca aún!
¡Qué fuerte eres! El crepúsculo avanza rápidamente.
Vamos, dejemos estas ruidosas calles, y tomemos
El camino a Betania, porque la sonrisa de María
Nos espera en la *puerta*, y las manos de Marta
Hace tiempo han preparado la alegre cena.
Vamos, Jacobo, el Maestro espera; y Pedro, mira,
Ha ido unos pasos adelante.

¿Qué decís, amigos?

¿Que esto es Éfeso, y Cristo ha vuelto

A su reino? Ay, es así, es así.

Lo sé todo; y sin embargo, justo ahora me parecía

Estar de nuevo sobre mis colinas natales,

Y tocar a mi Maestro. ¡Oh, cuán a menudo he visto

El tocar su vestidura devolver la fuerza

A miembros paralizados! Siento que lo ha hecho a los míos.

¡ARRIBA! ¡Llévenme una vez más a mi iglesia! Una vez más

Allí permítanme hablarles del amor de un Salvador;

Porque, por la dulzura de la voz de mi Maestro

Justo ahora, creo que Él debe estar muy cerca, —

Viniendo, confío, a romper el velo, que el tiempo
Ha desgastado tanto que puedo ver más allá,
Y observar sus pasos.

Así que, alzo mi cabeza.

¡Qué oscuro está! No logro ver

Los rostros de mi rebaño. ¿Es el mar

el que murmura así, o es el que llora? Silencio,

hijitos míos. 1 Dios amó tanto al mundo

que dio a su Hijo. Ámense también los unos a los otros.

Amen a Dios y al prójimo. Amén. Ahora llévenme de vuelta.

Este es mi legado para un mundo airado.

Siento que mi obra ha terminado. ¿Están las calles tan llenas?

¿Cómo me llaman? ¿El Santo Juan?

No, escríbanme mejor: Amado de Jesucristo,

y amante de mis hijos.

Acuéstenme una vez más en mi lecho, y abran de par en par

La ventana oriental. Miren, allí viene una luz

Como la que irrumpió en mi alma al atardecer,

Cuando, en la desolada isla de Patmos, Gabriel

Vino y me tocó el hombro. Miren, crece

Como cuando ascendimos hacia las puertas de perla.

¡Conozco el camino! Lo recorrí una vez antes.

¡Y escuchen! ¡Es el cántico que cantaron los redimidos
De gloria al Cordero! ¡Qué fuerte suena!
¡Y ese que no está escrito! Me parece que mi alma
Puede unirse a él ahora

¡Oh mi Señor, mi Señor!
¡Qué brillante eres! Y sin embargo, el mismo que
Amé en Galilea. ¡Vale cien años
Sentir esta dicha! Así que levántame, querido Señor,
Hacia tu pecho. Allí moraré.

—*Seleccionado.*